

CAPITULO XXIII.

De potencia á potencia.



ON la misma comitiva y acompañamiento con que salió á recibir al caudillo de los españoles, llegó Moctezuma por la tarde al palacio que les habian destinado para morada.

Solvió Hernan Cortés con sus capitanes á su encuentro, y uno y otro, seguidos de los empleados y altos dignatarios más allegados á sus personas, penetraron en el salon principal del palacio.

—Deseo hablaros á solas, dijo Moctezuma á Hernan Cortés.

Al mismo tiempo dió ordenes á los que le acompañaban para que se retirasen á un lado.

La misma indicacion dirigió Hernan Cortés á sus capitanes, y tomando asiento el monarca y el embajador del Rey de España, sin más intérprete que Jerónimo de Aguilar, hablaron primero Moctezuma, y despues el caudillo de los españoles.

La historia ha conservado las palabras que uno y otro pronunciaron en aquella solemne ocasion.

Como nada reemplaza á la verdad, creemos deber reproducirlas.

—Antes, ilustre capitán de los valerosos extranjeros, exclamó Moctezuma; ántes de que me deis parte de la embajada del príncipe grande que os envía, debeis vosotros, y debo yo, desestimar y poner en olvido lo que ha divulgado la fama de nuestras personas y costumbres, introduciendo en nuestros oidos

aquellos vanos rumores que van delante de la verdad y suelen oscurecerla, declinando en lisonja ó vituperio.

En algunas partes os habrán dicho de mí que soy uno de los dioses inmortales, levantando hasta los cielos mi poder y mi naturalza; en otras que se desvela en mis opulencias la fortuna, que son de oro las paredes y los ladrillos de mis palacios, y que no caben en tierra mis tesoros; y en otras que soy tirano, cruel y soberbio, que aborrezco la justicia y que no conozco la piedad.

Pero los unos y los otros os han engañado con igual encarecimiento, y para que no imaginéis que soy alguno de los dioses, ó conozcais el desvarío de los que así me imaginan, esta proporcion de mi cuerpo desengañará vuestros ojos de que hablais con un hombre mortal de la misma especie, pero más noble y más poderoso que los otros hombres.

Al llegar aquí presentó su brazo desnudo á Hernan Cortés, é hizo que le tocase para que se convenciera de que en efecto era mortal.

—No niego, añadió, que mis riquezas sean grandes; pero las hacen mayores las exageraciones de mis vasallos.

Esta casa que habitais es uno de mis palacios.

Mirad estas paredes hechas de piedra y cal, materia vil que debe al arte su estimacion, y colegid de uno y otro el mismo engaño y el mismo encarecimiento en que os hubieran dicho de mis tiranías, suspendiendo el juicio hasta que os entereis de mi razon, y despreciando ese lenguaje de mis rebeldes hasta que veais si es castigo lo que llaman infelicidad, y si pueden acusarle sin dejar de merecerle.

No de otra suerte han llegado á nuestros oidos varios informes de vuestra naturaleza y operaciones.

Algunos han dicho que sois deidades, que os obedecen las fieras, que manejaís los rayos y que mandais en los elementos; y otros que sois facinerosos, iracundos, soberbios, que os dejais

dominar por los vicios, y que venís con una sed insaciable de oro, que produce nuestra tierra.

Pero ya veo que sois hombres de la misma composicion y masa que los demas, aunque os diferencian de nosotros algunos accidentes de los que suelen influir el temperamento de la tierra en los mortales.

Hernan Cortés oyó con la mayor circunspeccion al emperador de México.

Llegó, pues, el momento de contestar á sus indicaciones, y viendo á Moctezuma preparado para escucharle con la mayor atencion:

—Despues de daros gracias, dijo, por la benignidad con que os disponéis á escuchar nuestra embajada, y por el afecto con que nos habeis favorecido, menospreciando en nuestro abono los siniestros informes de la opinion, debo deciros que tambien acerca de nosotros se ha tratado la vuestra con aquel respeto y veneracion que corresponde à vuestra grandeza.

Mucho nos han dicho de vos en esas tierras de vuestro dominio, unos afeando vuestras obras, y otro poniendo entre sus dioses vuestra persona.

Pero los encarecimientos crecen ordinariamente con injuria de la verdad, que como es la voz de los hombres el instrumento de la fama, suele participar de sus pasiones, y estas, ó no entienden las cosas como son, ó no las dicen como las entienden.

Los españoles, señor, tenemos otra vista, con que pasamos á discernir el color de las palabras, y por ellas el semblante del corazon.

Ni hemos creído á vuestros rebeldes, ni á vuestros lisonjeros.

Con certidumbre de que sois príncipe grande y amigo de la razon, venimos á vuestra presencia, sin necesitar de los sentidos para conocer que sois príncipe mortal.

Mortales somos tambien los españoles, aunque más valerosos

y de mayor entendimiento que vuestros vasallos, por haber nacido en otro clima de más robustas influencias.

Los animales que nos obedecen no son como vuestros venados, porque tienen mayor nobleza y ferocidad, brutos inclinados à la guerra que saben aspirar con alguna especie de ambicion á la gloria de su dueño.

El fuego de nuestras armas es obra natural de la industria humana, sin que tenga parte alguna en su produccion esa facultad que profesán vuestros magos, ciencia entre nosotros abominable y digna de mayor desprecio que la misma ignorancia; con cuya suposicion os hago saber con todo el acatamiento debido à vuestra majestad, que vengo á visitaros como embajador del más poderoso monarca que registra el sol desde su nacimiento, en cuyo nombre os propongo, que desea ser vuestro amigo y confederado, sin acordarse de los derechos antiguos que creéis tener, y sin otro fin que abrir el comercio entre ambas monarquías, y conseguir por este medio vuestra comunicacion y vuestro desengaño.

Y aunque pudiera, segun la tradicion de vuestras mismas historias, aspirar à mayor reconocimiento en estos dominios, el monarca que me envía solo quiere usar de su autoridad para que le creais en lo mismo que os conviene, y daros á entender que vos, señor, y vosotros, mexicanos, que me oís, añadió, volviendo el rostro hácia los circunstantes, vivís engañados en la religion que profesais, adorando unos leños insensibles, obra de vuestras manos, de vuestra fantasía, porque solo hay un Dios verdadero, principio eterno de todas las cosas, cuya omnipotencia infinita crió de la nada esa fábrica maravillosa de los cielos, el sol que nos alumbra, la tierra que nos sustenta y el primer hombre, de quien procedemos todos, con igual obligacion de reconocer y adorar á nuestra primera causa.

Esta misma obligacion teneis vosotros impresa en el alma, y conociendo su inmortalidad, la desestimais y destruíis dando

adoracion á los demonios, que son unos espíritus inmundos, criaturas de Dios, que por su ingratitud y rebeldía fueron lanzados en ese fuego subterráneo, de que teneis alguna imperfecta noticia en el horror que los producen vuestros volcanes.

El rey mi señor os aconseja que abraceis la religion cristiana como el medio más eficaz para que pueda estrecharse con durable amistad la confederacion de ambas coronas, y no falten á su firmeza fundamentos de la religion, que sin dejar alguna discordia en los dictámenes, introduzcan en el ánimo los vínculos de la voluntad.

El discurso de Hernan Cortés agradó á Moctezuma.

Únicamente lo relativo á su religion fué lo que pareció desagradarle.

—Acepto con gratitud, contestó, la amistad que me proponéis en nombre de vuestro soberano, descendiente del gran Quetzalcoatl.

Pero respecto á los dioses, debo deciros que todos son buenos, y que el vuestro puede ser cuanto gustéis sin menoscabo de los que nosotros adoramos.

Descansad ahora, que en vuestra casa estais, donde sereis asistido con todo el cuidado que se debe á vuestro valor y al príncipe que os envía.

Lugar tendremos de ocuparnos de las demas cuestiones han motivado vuestro viaje.

De esta manera terminó su coloquio, y dió orden para que entregasen á Hernan Cortés los nuevos regalos que le llevaba.

Consistian estos en joyas, ropas y plumas.

Tambien dispuso que se hicieran algunos regalos á los capitanes de Hernan Cortés, y terminada esta demostracion se alejó con los suyos.

Su rostro estaba sereno.

—¿Estais contento? le preguntó Cacumatzin.

—Sí, lo estoy, y me alegro mucho de haber recibido á los

españoles. Creo en ellos, y confío en que nuestra amistad será duradera.

El desgraciado Moctezuma no podia adivinar las desventuras que le aguardaban.

CAPITULO XXIV

Formaciones

Tomó todas las precauciones para evitar cualquier golpe de mano. Aunque la noticia que le había dispensado Moctezuma de las tan satisfactorias había notado que una de las distinciones del carácter de las mentes era la astucia y la doblez y no quería pasar por un engaño en lo relativo á la vigilia. Hasta entonces desde su llegada á México no había podido contar á solas con sus capitanes ni con sus amigos. Las emociones que había experimentado durante el día habían su corazón y necesitaba en esto alguna expansión. Después un abundante como por todos los que le acompañaban y sentándose á una mesa tapizada con las banderolas que les servían de silla, sobre las que colocaron una alfombra para él, celebraron los capitanes y Hernan Cortés, al mismo tiempo que los soldados en sus habitaciones, el fin de su viaje. —No es posible mentar, decía Hernan Cortés, haber llegado con esta calma en la capital del imperio recibidos y hospedados por el temido emperador y escuchados de su persona y de su imperio por el prestigio que damos cobardes.

CAPITULO XXIV.

Pormenores.



El anochecer mandó Hernan Cortés doblar las centinelas.

Tomó todas las precauciones para evitar cualquier golpe de mano.

Aunque la acogida que le habia dispensado Moctezuma era de las más satisfactorias, habia notado que uno de los rasgos distintivos del carácter de los mexicanos era la astucia y la doblez, y no queria pecar por carta de ménos en lo relativo à la vigilancia.

Hasta entónces, desde su llegada à México no habia podido conversar à solas con sus capitanes ni con Marina.

Las emociones que habia experimentado durante el dia llenaban su corazon, y necesitaba su alma alguna expansion.

Dispuso una abundante cena para todos los que le acompañaban, y sentándose à una mesa, improvisada con las banquetas que les servian de sillas, sobre las que colocaron una ancha estera de palma, celebraron los capitanes y Hernan Cortés, al mismo tiempo que los soldados en sus habitaciones, el feliz éxito de su viaje.

—¿No os parece mentira, decia Hernan Cortés, haber llegado aquí, estar en la capital del imperio recibidos y agasajados por el temible emperador, y casi dueños de su persona y de su imperio por el prestigio que hemos cobrado?

¿No veis en todo esto que pasa el dedo de la Providencia?

— Vos nos habeis conducido à la victoria, dijo Orgaz.

—Y sin embargo, amigos míos, cuántas veces habeis dudado de mí, no de mí, sino de la Providencia....

—Es que hemos pasado por situaciones muy difíciles.

—Es que tambien hemos arrostrado peligros inminentes.

—Y la fe, ¿para qué guardais la fe? Ella ha alentado en mi pecho siempre. Ella me ha ofrecido como en premio una de las más grandes conquistas de este siglo.

—Confesad, al ménos, que no nos ha faltado valor para acompañaros.

—Lo confieso con entusiasmo, porque si alguno ha desmayado, al escuchar mi voz han sentido reanimarse su espíritu, y entre la cobardía y la muerte han preferido morir con honra.

—¿Quién habia de figurarse que en este país tan lejano habíamos de hallar tanta magnificencia?

—Esta ciudad, dijo Hernan Cortés, es la que buscaba Colon, puesto que hablaba en todas sus memorias de una ciudad con todo el esplendor de las naciones del Asia; y entre todas cuantas se han descubierto desde que sus primeras carabelas surcaron el Océano, no hay ninguna que aventaje en magnificencia, en brillo, en esplendor à esta hermosa ciudad.

Nada falta aquí.

Suntuosos edificios, manjares delicados, esculturas y joyas de un gran valor artístico, inapreciable.

¿Y la organizacion?

Ejércitos formidables, funcionarios que tienen à su cargo servicios más regularizados y perfectos si à mano viene que los de España.

Vamos, parece mentira que viniendo nosotros en tan escaso número, hayamos podido llegar hasta aquí y gozar del ascendiente que hoy tenemos sobre los mexicanos.

—Esto debe alentarnos para continuar nuestra obra, dijo Hernan Cortés.

—¿Aspirais por ventura á proseguir vuestro proyecto de conquista? exclamó uno de los capitanes.

—Ahora más que nunca, le contestó Hernan Cortés.

—¿No os pareca arriesgada la empresa?

—Confio en la Providencia.

—Bueno es confiar en ella; pero tambien lo es prevenirse á las eventualidades.

—¿No seria mejor reducirnos por ahora á conseguir la amistad y la confianza de los mexicanos, y volver luego con más numeroso ejército á llevar á cabo nuestra dominacion?

—Estais identificados conmigo, y debo hablaros con completa sinceridad. ¿Creeis que si volvemos á Santiago de Cuba seremos nosotros los que disfrutemos los triunfos que merecen nuestros trabajos? De ningun modo.

Diego de Velazquez vendrá en persona á aprovecharse de nuestros trabajos.

Y si en vez de volver á Santiago de Cuba tornásemos á España y diéramos cuenta de las magnificencias que hay en este país, ¿creeis que no se agitarian ambiciosos y no emplearian toda su influencia para obtener del monarca el privilegio de conseguir una gloria poco costosa para ellos?

No, amigos míos, hemos llegado aquí, y es necesario que pezcamos todos ó que consigamos el triunfo definitivo.

—Por nosotros no ha de quedar, dijeron los capitanes.

—Mucha vigilancia, mucha observancia, no perder ni un instante la serenidad para poder desafiar cualquier peligro que pueda amenazarnos. De este modo veremos pronto satisfechos nuestros deseos.

Terminada la cena, mandó Hernan Cortés que se retiraran los capitanes y quedaron solos él y Marina.

Hernan Cortés fijó sus ojos en la jóven india.

—¿Qué tienes? le preguntó. Noto en tu rostro una profunda tristeza.

—No te equivocas; estoy muy triste.

—¿Por qué?

—Ni yo misma puedo explicarte la causa de mi tristeza.

—¡Oh! No; tú me engañas, Marina.

—Siento una opresion en mi pecho. . . . ¡Ah! ¿Por qué has deseado venir á esta ciudad populosa? En medio de esos campos, en la soledad de los caminos, en esas ciudades salvajes que hemos recorrido era yo más feliz.

Entonces nada podia admirar á tus ojos, nada podia distraer tu imaginacion. Yo era tu única compañera, tu única confidente, y ahora, no sé por que, temo que en presencia de tantas maravillas, viviendo en una córte tan esplendorosa y tan brillante, va á faltarme tu cariño.

—¿Y eso puedes pensar?

Marina dejó correr las lágrimas por sus mejillas.

Despues dijo á Cortés con voz ahogada por los sollozos:

—Tú no has visto, al atravesar la gran calle por donde llegamos á nuestra morada, las mujeres que habia en las azoteas, y no has podido leer en sus ojos la admiracion y el entusiasmo que tú y tus capitanes habeis despertado en su alma.

—¿Estás celosa?

—Sí, ¿para qué negarlo? En México hay mujeres hermosísimas. Todas ostentan preciosos adornos de oro y plumas. ¿Quién sabe si me robarán tu amor?

—Pronto me odiaran todas.

—Te amo tanto, que si supiera que habias de amar á otra me moriria.

—Desecha ese temor Marina, repuso Hernan Cortés; la ambicion de gloria que me ha traído aquí me hará pensar siempre que á tí te debo el triunfo, y todo el cariño de mi alma será

para la que con tanto y tan vehemente afecto me ha guiado al triunfo.

Tranquilízate, pues, y dime qué has pensado del emperador Moctezuma. ¿Crees que las demostraciones de afecto que me ha hecho son sinceras?

—Creo que sí. El prestigio con que habeis llegado hasta su presencia, y el abatimiento en que le tiene el enojo de sus dioses, le hacen consideraros con una superioridad tan grande, que él, que no se ha rendido á nadie, se rendirá á vosotros.

—Observa, sin embargo, y avísame á la menor sospecha que concibas. Mi plan es conquistar este imperio, y toda mi felicidad la he de partir contigo.

Mañana muy temprano quiero ir á visitar á Moctezuma.

En efecto, al día siguiente muy temprano envió á Jerónimo de Aguilar con una escolta de honor al palacio de Moctezuma, para pedirle que le concediera una audiencia.

El emperador envió inmediatamente á cuatro de sus ministros que desempeñaban funciones parecidas á las que en Europa desempeñaban los maestros de ceremonias, á fin de que anunciaran á Hernan Cortés, que deseando verle, estaba dispuesto á recibirle.

El caudillo español, vistiendo sus mejores galas, designó para que le acompañasen á Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, Diego de Orgaz y Pedro de Alvarado.

Mandó tambien que les escoltase una compañía, y todos, perfectamente armados, abandonaron la casa real, y guiados por los maestros de ceremonias, se encaminaron al palacio de Moctezuma.

Las calles, las ventanas y las azoteas estaban llenas de curiosos, que esperaban á los españoles y los contemplaban con asombro y admiración.

A su paso oían en torno suyo murmullos, y alguna que otra vez percibieron estas palabras: *teule, teule*.

Hernan Cortés no tardó en saber que la palabra *teule* significaba en lengua mexicana *dios*, y que al pronunciarla demostraban los habitantes del país que consideraban como dioses á sus huéspedes.

El triunfo moral de los españoles fué completo.

¡Cómo podían imaginar que llegarían tan pronto á la realización de sus designios!

¡La Providencia tiene arcanos incomprensibles!

